

# Los hijos de Ogaiz



*Toli  
Martínez  
de Lezea*

*Los hijos Ogaiz* da comienzo en el año 1328, a la muerte sin descendencia de Carlos I el Calvo, rey de Francia y de Navarra. La situación de interregno sin cabeza visible aprovechada por los navarros para reclamar un rey propio, la destrucción de Olgacena, una de las juderías más importantes de Navarra, y la muerte de casi todos sus vecinos, la terrible y larga sequía, el hambre, la falta de recursos y la posterior llegada de la peste negra, son algunos de los hechos históricos en los que se basa esta narración.

Dos familias, la de los Ogaiz, labradores del viejo barrio de Lizarra, y la de los Bertolín, comerciantes alineados en el burgo franco de Estella, vivirán aquellos duros años enfrentadas por la tradición, el modo de ver la vida, las ambiciones, la venganza las penalidades y también el amor.

*Los hijos de Ogaiz* es una novela en la que la intriga y el futuro de sus protagonistas mantienen al lector expectante desde el comienzo, descubriéndole una época casi olvidada por lejana, pero en la que, no obstante, pueden reconocerse sentimientos humanos trasladables a nuestro tiempo.

A Kike

*Esta novela no hubiera sido la misma sin la colaboración de mi amigo el historiador Peio J. Monteano a quien tanto agradezco su inapreciable ayuda. También deseo agradecer la colaboración del doctor Salvador Santa Puche, especialista en la cultura e historia sefardí, y a los historiadores Jon Andoni Fernández de Larrea y Estibalitz González Dios por sus aportaciones en los temas de los linajes alaveses de La Llanada y la judería de Estella respectivamente.*

*Asimismo, quiero añadir un sentido recuerdo a la memoria de José María Jimeno Jurío, que tanto amó su tierra navarra y cuyo libro Estella y sus calles me ha acompañado en todo momento a lo largo de esta historia.*

## Febrero de 1328



El cielo estaba completamente azul y el frío había helado el agua de los aljibes. El viento procedente de la sierra agitaba las ramas leñosas de fresnos y zumaques y secaba las ropas colgadas en los tendederos. Orti y Ane ascendieron por la callejuela y salieron por el portal de la muralla, dirigiéndose hacia el santuario bajo la atenta mirada de los soldados de la guardia. Todos los días a la misma hora, antes de que el sol estuviese en el mediodía, los dos hermanos realizaban el mismo recorrido llevando cogido por las asas un cántaro de barro repleto de leche. Era una cuesta empinada llena de escollos, algún saliente de roca y más de un socavón. La leche se balanceaba dentro del recipiente y, de vez en cuando, saltaba al suelo, pero ellos continuaban el camino y no respiraban tranquilos hasta dejarla en manos del monje quien, a su vez, les entregaba otro cántaro vacío.

La vista de Tierra de Estella era excepcional desde el santuario, sobre todo los días claros y sin niebla. A los dos niños les encantaba reponer fuerzas sentados en el suelo mientras contemplaban la bulliciosa ciudad hormigueando abajo, la mole del Jurramendi al frente, la insondable sierra de Urbasa, con sus roquedales y barrancas, a sus espaldas. No duraba mucho el descanso. Sus pequeñas manos eran necesarias en la casa. La comida de cerdos, gallinas y patos era su cometido desde que habían tenido edad de comprender.

—Hay que trabajar si se quiere comer —decía el padre cuando alguien se quejaba, o simplemente señalaba lo du-

ro que era estar todo el día bregando desde la mañana hasta la noche.

Orti miró a su hermana pequeña, le llevaba cuatro años y él ya iba para los doce. Se sentía responsable, no en vano, cuando el padre muriera, él se haría cargo de la familia y debería ocuparse de ella y del pequeño Lucas. No es que su padre estuviera enfermo o fuera viejo, pero siempre le estaba diciendo que debía aprender y trabajar más que sus hermanos, puesto que algún día sería él el cabeza de familia. En el fondo, esperaba que esto no ocurriera, al menos todavía, porque él ya tenía sus planes aunque nunca se hubiera atrevido a expresarlos en voz alta. Aun sabiendo dónde estaba su puesto, confiaba en poder vivir algún tiempo por su cuenta, ver un poco de mundo, conocer lo que había más allá de las murallas. Algunas veces, pocas, se sentaba en el mojón limítrofe entre la población de San Juan y el burgo y contemplaba ensimismado a los peregrinos que, según le había explicado la madre, recorrían miles de leguas para ir a postrarse ante el señor Santiago, un santo muy importante cuya iglesia se hallaba muy lejos de Lizarra. En una oportunidad casi estuvo a punto de hablar con uno de ellos. El hombre se dirigió a él en una lengua que no entendió, pero no le dio tiempo a imaginarse la pregunta, ni a expresarse por señas porque intervino uno de los guardas del portal del Pópulo, la entrada al burgo, y los dos comenzaron a hablar en aquella lengua extraña para él.

—Son extranjeros —le dijo su padre cuando él quiso saber por qué los del otro lado del río no hablaban como ellos.

—¿Por qué están aquí?

Su padre había reído sin ganas. Orti admiraba al hombre fuerte y barbudo sentado a la cabecera de la mesa los días de fiesta, vestido con unas calzas de cuero y una chamarra de piel de oveja encima del sayo negro. No era muy alto, pero Semeno Ogaiz no precisaba ser alto ni demostrar su fuerza pues, cuando abría la boca, los demás callaban

para escuchar sus palabras. Sabía, porque lo había oído decir en múltiples ocasiones, que fuera de la calle que corría entre la vieja iglesia de San Pedro y la puerta de Lizarra, su padre era simplemente uno de los proveedores de leche y carne de los habitantes de la villa, un *mezquino*, un campesino, cuya opinión no se tenía en cuenta. Pero en Lizarra era la persona más respetada, no en vano sus antepasados habían poblado el valle del Ega cuando aquellas tierras aún estaban deshabitadas, o casi. Estaban allí mucho antes de que apareciesen el burgo de San Martín de Tours, las poblaciones de San Juan, San Miguel, El Arenal y el barrio de los extraños, los judíos.

—¿Por qué están aquí si ésta no es su tierra? —había preguntado de nuevo en aquella ocasión.

El rostro de su padre se oscureció, al igual que lo hacía cuando moría una oveja despeñada en el risco o una de las vacas tardaba más de la cuenta en parir un ternero.

—Ahora sí lo es —se limitó a responder.

—¿Por qué dices entonces que son extranjeros? —insistió él, a pesar de saber por experiencia que no era aconsejable hacer demasiadas preguntas.

—No se regala la tierra que pisa un pueblo.

Su padre dio por terminada la conversación y él se quedó con las ganas, sin atreverse a continuar interrogando. No entendió la respuesta, pero sus palabras quedaron grabadas en su memoria. Algún día sería lo suficientemente mayor para entenderlas o para pedir una explicación más clara.

—Es hora de volver —dijo, dirigiéndose a su hermana y poniéndose en pie.

Ane lo imitó y los dos regresaron por el mismo camino llevando el cántaro vacío. Una animación inusual recorría Lizarra. Los vecinos se habían reunido en corrillos, hablando en voz alta y haciendo aspavientos con las manos. Los dos hermanos aceleraron el paso, curiosos por conocer el motivo que tanto agitaba a sus gentes, habitualmente parcas y

poco dadas a confidencias. Corrieron los últimos pasos hasta llegar a su casa, la más cercana a la iglesia. Su sorpresa aumentó al constatar que tanto su padre, como su madre y varios de sus tíos y tías hablaban delante de la puerta. Algo muy importante debía de haber ocurrido para hacer que sus mayores interrumpieran las faenas. Únicamente la riada, el granizo o la nevada eran capaces de alterarlas.

—Entrad en casa, ¡vamos! —les ordenó su madre en cuanto los vio parados junto a ellos, mirando a unos y a otros, esperando captar algo de la conversación.

Orti empujó a regañadientes a su hermana hacia el interior y cerró la puerta tras él, pero inmediatamente se sentó en el banco corrido pegado al muro, justo debajo de la única ventana de la cocina, abierta para dejar escapar el humo del hogar, e hizo una seña a Ane para que se mantuviera callada.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —escuchó la voz de su padre—. Somos navarros y no tenemos por qué aceptar la imposición extranjera.

El muchacho prestó atención al escuchar la palabra que tanto le intrigaba.

—El rey francés ha muerto sin herederos —continuó Semeno Ogaiz—. Hora es ya de que tengamos un rey navarro. ¿Hasta cuándo tendremos que soportar la humillación? Llevan casi cien años haciendo su voluntad, dictando leyes, despreciando a los verdaderos habitantes de estas tierras. Nos han arrebatado nuestras propiedades, nos han convertido en siervos, no tenemos voz en el Concejo, tampoco la tenemos en las Juntas. Somos como el rastrojo que se quema o como la gallina que se sacrifica cuando ya no da huevos.

Orti estaba asombrado. Jamás en su vida había escuchado a su padre hablar tanto y seguido. Recordó las palabras de su abuela, una mujer muy anciana, fallecida la primavera anterior. Todo el mundo la respetaba, aún más que a su padre, a pesar de que nunca abandonaba la vieja ca-

sona. Los vecinos solían acudir a visitarla para pedirle consejo y sus decisiones eran siempre acatadas como si fueran la ley.

—Recuerda, muchacho —le había dicho en una ocasión—, que eres un Ogaiz. Perteneces al linaje más antiguo de este lugar. Si las cosas hubieran sido de otra manera, tu padre gobernaría esta población que creció con gentes llegadas de otros lugares, que no conocían nuestra lengua ni nuestras costumbres, y tú gobernarías después de él.

No sabía muy bien a qué se refería su abuela, pero había aguzado el oído desde entonces, deseando saber más sobre el asunto. No era mucho lo aprendido, pero al menos sabía que el primer Ogaiz había poblado el Deierri, construido su torre y luchado contra todo aquél que había intentado arrebatársela. Sin embargo, a medida que el tiempo transcurría, fueron llegando otros pobladores, instalándose en las tierras de sus antepasados, ocupando las fértiles huertas regadas por el Ega. Un rey fundó en la otra orilla del río la villa de Estella para los extranjeros, dotándola de derechos negados a los navarros. Dos poblaciones más, la de San Miguel y la de San Juan, y después otra, El Arenal, crecieron a los pies del antiguo enclave. La importancia del linaje de los Ogaiz disminuyó a igual ritmo que crecían las poblaciones vecinas. La iglesia de San Pedro, en el ahora barrio, y la vieja torre familiar convertida en una casona de tejado destartado, llena de rendijas por las cuales penetraba el frío aire de la sierra, era todo lo que quedaba del pasado esplendor. Los Ogaiz habían mantenido su calidad de infanzones rurales libres, *de abarca* los llamaban, y no permitían que nadie lo olvidara a pesar de vivir en Lizarra, en donde la mayoría de los pobladores eran campesinos, cuyas pechas iban a parar directamente a las arcas reales o a las de los propietarios de las tierras, ocupándose de los sembrados y cosechas, la tala de árboles y los animales de pasto.

—Hay muchos navarros descontentos con la situación — la voz de su padre reclamó nuevamente su atención—, esperando una señal para alzarse en armas en contra del gobernador francés.

—Habrá muertos y heridos... —la voz de su madre sonaba acongojada.

—¡Siempre los hay cuando se lucha contra un opresor!

Orti no pudo seguir el resto de la conversación. Los interlocutores habían bajado la voz y sólo pudo escuchar un murmullo cada vez más lejano. Él, Ane y el pequeño Lucas permanecieron encerrados en la casa durante el resto del día y de la noche. A veces oían gritos fuera, otras el silencio caía pesadamente sobre Lizarra. A primeras horas del siguiente día, la puerta de la casa se abrió de golpe. Semeno Ogaiz, sostenido por su mujer Oneka, apareció en el umbral con el rostro descompuesto y la camisa desgarrada llena de sangre.

—¡Sea la gente libre por la libertad de la patria! —fue todo lo que dijo antes de caer redondo sobre el suelo.

A partir de ese momento, las cosas fueron muy rápidas. Una partida de soldados del castillo llegó arrasando el barrio y llevándose a todos sus habitantes.

—¡Escóndete entre las vacas! —le gritó su madre justo antes de que media docena de hombres armados entraran a saco en la vivienda.

Desde su escondite, Orti vio cómo hombres, mujeres y niños, viejos y jóvenes, sanos y enfermos, eran empujados de malos modos cuesta abajo. Esperó un rato hasta que ya no escuchó ningún ruido y luego salió cauteloso. Tendido encima del suelo continuaba el cadáver de su padre. Aún tenía los ojos abiertos y las mandíbulas prietas por la determinación. Él también cerró la boca con fuerza para no llorar, corrió al arcón, extrajo la sábana de los muertos que su madre había bordado para que en ella fueran envueltos los difuntos de la casa y cubrió el cuerpo. Después asomó la nariz y comprobó que, en efecto, no había nadie en la calle.

Pegándose a los muros y conteniendo el aliento, el muchacho siguió de lejos al grupo que continuaba descendiendo entre empujones, gritos y gemidos hasta llegar a la plaza del Mercado Nuevo, delante de la iglesia de San Juan. Allí; como si fueran ganado en venta, su madre, sus hermanos y los demás vecinos permanecían en medio de la plaza fuertemente custodiados por los soldados del castillo. Al principio, no se atrevió a acercarse demasiado por miedo a ser reconocido, pero pronto entendió que nadie se fijaría en él ya que todo el mundo estaba pendiente de las palabras del merino de Estella, Jacques de San Sansón, y, sobre todo, del castigo que esperaba a los hoscos habitantes de Lizarra, de sobra conocidos por su orgullo.

—¡Miradlos —oyó decir a una mujer—, incluso ahora se creen señores y no tienen dónde caerse muertos!

Fue aproximándose a la primera fila entre empujones y pisotones. Quería que su madre lo viese, estaba dispuesto a lanzarse contra los soldados con tal de liberar a su familia. La mirada aliviada de Oneka detuvo su avance. Con un gesto imperceptible le ordenó no intentar nada y él obedeció.

El castigo para los participantes en la revuelta fue ejemplar, en especial para los miembros de la familia infanzona, que por ser hombres libres tenían mayor culpa en los hechos. Dos Ogaiz, tíos de Orti, fueron condenados a la horca, sus familias perdieron sus viviendas y sus animales y se obligó a sus miembros a trabajar como sirvientes en las casas de los nuevos dueños de los que habían sido sus hogares. Con un nudo en la garganta, Orti escuchó la sentencia por la cual su padre, responsable de la asonada, sería ahorcado junto a sus tíos, incluso después de muerto. La casa en la que había nacido pasaba a ser propiedad de un franco cuyo nombre no captó, su madre y Ane eran condenadas a trabajar para el mismo señor y el pequeño Lucas era enviado a la casa de los huérfanos como un expósito. Los condenados, el cadáver de Semeno, arrastrado por las ca-

lles atado a la cola de una mula, y un gran número de esteleses, se dirigieron a la explanada situada delante del convento de Rocamador. Allí los tres Ogaiz fueron colgados sin dilación de tres horcas plantadas en el suelo a toda prisa.

Durante el tiempo que duró el juicio y su posterior ejecución, Oneka no abrió la boca, no pidió clemencia, no dejó que nadie pudiese entrever su desesperación y ni siquiera intentó asirse al pequeño Lucas cuando un soldado se lo arrebató de los brazos. En todo momento mantuvo la cabeza alta y la mirada fija en el cuerpo de su marido que pendía de la horca. Sólo al final, cuando era escoltada hacia el burgo, sus ojos se detuvieron un instante en la figura de su hijo mayor y estuvo a punto de perder la seguridad, pero siguió avanzando llevando a Ane agarrada de la mano.

—¡Que esto os sirva de escarmiento! —gritó el merino, dirigiéndose a los vecinos de Lizarra y, de paso, al resto de la población—. Podéis volver a vuestras casas y estarme agradecidos por mi generosidad. La próxima vez no habrá clemencia, ¡os lo aviso!

La revuelta no había durado ni un día.

Orti siguió a su madre y a su hermana hasta el portal del Pópulo, viéndolas desaparecer tras la muralla. Luego, regresó a Rocamador, ocultándose en una chabola medio ruinososa que tiempos atrás había servido de porqueriza a los frailes del convento. Desde allí podía ver los cadáveres de su padre y de sus tíos, custodiados por un par de hombres armados para evitar que sus familiares los descolgaran y dieran sepultura. También impedían la aproximación de perros asilvestrados que, hambrientos, comenzaban jalando los cuerpos por los pies hasta acabar tirando las horcas al suelo y comiéndose los cuerpos de los ejecutados. Ya había ocurrido en otras ocasiones y había habido protestas. Estuvo allí, sin comer ni beber, durante dos días con sus respectivas noches. Al amanecer del tercer día, los ajusticiados fueron descolgados y lanzados juntos en un hoyo excavado a toda prisa a pocos pasos del lugar de la ejecución, sin tan

siquiera ser cubiertos con tierra. El muchacho continuó sin moverse en el mismo sitio hasta el anochecer. Entonces, se aproximó al hoyo, se puso de rodillas y comenzó a escarbar con sus manos, ayudándose de su cuchillo. Aún no había amanecido cuando acabó de enterrar a sus parientes. Después, buscó una piedra grande y grabó un aspa sobre ella, depositándola boca abajo sobre la tierra recién removida.

—Volveré a buscarte, padre —musitó—, y te enterraré con tus antepasados.

Lágrimas de dolor, pero también de rabia, cayeron silenciosas de sus ojos, mientras se dirigía a Lizarra, amparado por los claroscuros del alba. La calle estaba desierta y dos tablones habían sido clavados en la puerta de su casa, impidiendo la entrada. Rodeó el edificio y penetró en ella a través del portillo para perros abierto en la puerta de la cuadra que era más grande de lo habitual porque a su padre le gustaban los pastores grandes y peludos. Él era flacucho y, aun así, se arañó los brazos y la camisa se le desgarró por la espalda. Permaneció un rato a oscuras, sentado sobre la tierra cubierta de paja ya vieja, manteniendo la respiración y aguzando el oído. Todo estaba silencioso. No había perros ni otros animales en el establo. Tras más de doscientos años de existencia, el caserón de los Ogaiz estaba vacío por primera vez e igualmente vacía sintió él su alma.



Doña Aldonza Roiz, mujer de Esteban Bertolín, rico comerciante del burgo estellés, acabó de ajustarse el corpiño, se colocó la toca coniforme cuyos pliegues de tela de lino ocultaban su cabello y su cuello y se ató a la cintura un delantal

de un blanco inmaculado, ribeteado con un primoroso encaje almidonado. Después de echar una mirada al bulto que roncaba bajo las sábanas y a la cobertura de piel que cubría el gran lecho conyugal, abrió la ventana asomándose para contemplar, como cada día, la calle de San Nicolás apenas transitada a aquella hora temprana. Había helado durante la noche y el cielo estaba completamente azul. Hasta su nariz llegó el inconfundible olor de pan recién horneado y sintió hambre. También comprobó con satisfacción que los postigos de la casa de enfrente estaban entornados, lo cual significaba que sus moradores aún dormían.

—Dormid, benditos durmientes —dijo con una sonrisa—. Dios no ayuda a quien no madruga.

Bertolín era uno de los muchos comerciantes en telas que tenían puesto abierto en el burgo cuando ella llegó al matrimonio. Ni más rico ni más pobre que otros de su mismo oficio. No era un mal hombre, lo supo la primera vez que lo vio, cuando su padre se lo presentó como el marido elegido para ella, pero no tenía las agallas necesarias para destacar en aquel maremagno de negociantes dispuestos a todo con tal de vender. Sus vecinos de enfrente tenían entonces un importante negocio de tejidos, el más próspero de toda la rúa, pero, ahora, casi quince años después, el suyo era el doble de grande, pagaba salario a dos dependientes y disponía de un taller propio de confección al que acudían las personas más acomodadas de Estella para hacerse la ropa a medida o adquirir lujosas telas de seda, tafetán o terciopelo.

—¡Mi trabajo me ha costado! —exclamó doña Aldonza satisfecha.

Al día siguiente de la boda pidió a su marido que la pusiera al corriente del negocio.

—¿Qué sabéis las mujeres de asuntos de hombres? —preguntó Bertolín con los ojillos brillantes.

Su cara gordezuela y colorada estaba más roja que de costumbre. A pesar de ser invierno, de que los zumaques

mostraban sus brazos desnudos al igual que esqueletos descarnados y los campos estaban yermos a la espera de la siembra primaveral, él se sentía satisfecho por una noche, plena e inesperada, en brazos de una joven sana y no mal parecida. A una edad, pasada la cuarentena, en la que, a decir de las gentes, comenzaba la cuesta abajo, cuando ya desesperaba de encontrar una compañera que le calentara la cama y lo acompañase en los años a venir, había tenido la fortuna de entablar amistad con el escribano don Martín Roiz. Éste era un hombre encantador, un estudioso, encargado de redactar los contratos importantes en la lengua occitana que ya pocos conocían. El occitano había sido la lengua del burgo durante los brillantes y difíciles años de la fundación de Estella, pero hacía tiempo que el vulgo utilizaba la antigua habla de los navarros. Don Martín, aparte de erudito, era pobre y sólo había tenido tres hijas de su matrimonio con una buena mujer, ya difunta. Su única preocupación en la vida era buscarles marido a las tres. No fue difícil para dos hombres solitarios contarse sus penas en un rincón de una pequeña y acogedora taberna del barrio de los curtidores, en torno a una buena jarra de vino del año y unas chuletillas asadas, y llegar a un acuerdo.

Aldonza no había puesto reparos a un matrimonio con un hombre casi veinte años mayor que ella. De sobra conocía la situación económica de su padre y casarse con un comerciante acomodado era lo mejor que podía esperar. Consciente de sus obligaciones, la noche de bodas cumplió con su cometido e hizo todo lo que se esperaba de ella.

—¿Qué sabéis las mujeres de asuntos de hombres? —preguntó de nuevo Bertolín cuando ella insistió en conocer el arte del comercio—. Las mujeres estáis para ocuparos de nosotros, de la casa, de... los hijos.

La mención a los hijos renovó el brillo de sus ojos y rodeó con sus brazos el estrecho talle, orgullo de su dueña. Pero, esta vez, la mujer se mantuvo firme. Quería conocer

los entresijos del negocio. Sabía leer y escribir, también sabía de números pues la única dote que el buen escribano había podido legar a sus hijas era una educación muy superior a la media, y estaba dispuesta a ponerla en práctica. De mala gana al principio y mucho más conforme a medida que observaba los progresos de su mujer, Esteban Bertolín instruyó a Aldonza en los secretos de la profesión, los agentes, los contactos, la compra-venta de tejidos, el pago a los acreedores y el cobro de las deudas. Agradecida, ella lo complacía cada noche y también, a veces, a la hora de la siesta; ordenó la casa, algo destartalada, del comerciante; bordó y cosió manteles y sábanas; enceró y restauró los viejos muebles hasta hacerlos parecer nuevos; encaló las paredes y plantó flores en el corralillo trasero de la vivienda, alegrando con ellas las oscuras estancias del interior. Pero, sobre todo, se hizo cargo del negocio.

Poco a poco, sin hacerse notar, fue ocupándose de los pequeños pedidos, sustituyendo de vez en cuando al encargado de la venta, un viejo que ya estaba allí en tiempos de su suegro y que dormía en el portal de la casa cuando cerraban el puesto: También entabló relaciones con los comerciantes vecinos y, sobre todo, con los proveedores, tejedores y tintoreros, principales artífices del mercado de las telas. Pronto entendió que era necesario darle un vuelco al negocio, ofrecer algo diferente y original para atraer a los compradores. Lo primero fue exigir el pago de las deudas que su marido, hombre de corazón bondadoso, acumulaba encima de su mesa, en unos casos como pagarés no cumplimentados y, en otros, como tarjas, unas tablillas cortadas en dos en donde el comerciante y el cliente marcaban con muescas las cantidades fiadas por el primero y adeudadas por el segundo. Aldonza acudió a las viviendas de los morosos con el pagaré o la tablilla, exigiendo el pago sin dilación y amenazando con denunciarlos ante las autoridades si no abonaban lo debido. Al cabo de unos meses, había acu-